

Literatura entre barrotes

Josefina Estrada

El desánimo y la soledad son los estados anímicos más comunes de una persona en prisión. ¿Cómo se puede enseñar a escribir y a leer a quien vive en esas circunstancias? Con una trayectoria dando talleres lo mismo en las Islas Marías, en Bogotá que en la Ciudad de México, la escritora y periodista Josefina Estrada ha sido una mensajera del placer literario tras las rejas.

Durante 16 años impartí talleres de literatura en las cárceles de mujeres del Distrito Federal, Chiconautla, Estado de México; las Islas Marías, Nayarit, y Bogotá, Colombia. En 1993, inicié un taller de literatura en la penitenciaría de Tepepan. Yo quería conocer la cárcel porque desde que era estudiante de periodismo me deslumbró *A sangre fría* de Truman Capote y soñé con llegar a escribir un libro donde se plasmara con destreza literaria la vida de delincuentes y víctimas. Llegué a Tepepan para sustituir a un profesor que se había involucrado afectivamente con las internas y violó algunas reglas. Como a los talleristas se nos permite invitar a personas para que asistan al taller, este privilegio fue usado por el profesor para ingresar al penal a los novios de las internas. Sólo pueden entrar los esposos; los amantes o novios es casi imposible.

Por esta situación, durante un mes las mujeres me recibieron con frialdad, desdén y selectas miradas asesinas mientras yo les hablaba de técnicas para escribir crónica y cuento. Cualquier pared habría sido más re-

ceptiva que ellas; tampoco hacían la tarea. A la quinta clase, les dije con firmeza y serenidad:

—Si creen que es muy sencillo venir y pararse aquí para recibir las actitudes que vienen dedicándome desde hace un mes, invito a cualquiera de ustedes a que se levante y se ponga en mi lugar, y desde aquí vea las miradas que me lanzan. Sólo les voy a decir una cosa: no me asustan. Y ustedes son las que pierden. Yo ya sé escribir lo que vengo a enseñarles. Y les advierto que voy a seguir viniendo hasta completar las diez clases por las que el INBA me ha contratado. Y ustedes han desperdiciado casi la mitad.

Las mujeres empezaron a endulzar su rostro, sonrieron y aplaudieron. Había pasado la prueba. En efecto, su afán era que dejara de venir y solicitar el regreso de su antiguo alcahuete. A partir de ese momento, trabajaron con verdadero empeño. Me dijeron que algunas deseaban escribir un libro testimonial; otras, cuento. De esta manera, el grupo se dividió; las primeras dos horas serían para las que quisieran escribir literatura y las si-

guientes dos para quienes apetecían escribir autobiografía. Para las mujeres del primer turno llevaba fotocopias de cuentos y trataba de enseñarles a narrar; así pasaron seis meses. Me seguí por mi cuenta sin que nadie pagara mis honorarios. Debo admitir que fracasé en mis empeños por enseñar literatura en el sentido estricto de la palabra. Aprender literatura en libertad implica una profunda dedicación para escribir y leer, además de talento. En la cárcel yo debía proporcionar todo el material literario. Además, me dedicaba a derrumbar atavismos y prejuicios para que escribieran con libertad. Por ejemplo, un día les dejé de tarea que escribieran un cuento donde debían hacer un trato con el Diablo, donde este ocuparía su lugar en la cárcel mientras ellas saldrían por 24 horas y relatarían qué harían en ese tiempo. Varias mujeres se negaron a escribir el texto porque eran fervorosas cristianas. Y como en libertad habían hecho diablura y media, en plena conversión no iban a invocarlo ni en broma. De nada sirvió explicarles que la literatura se construye con los claroscuros del alma humana; de lo contrario, cuando los personajes son blancas palomas, es aburridísima.

Lo notable de ese ejercicio es que las mujeres escribieron textos donde sólo narraron hechos que todas realizamos a cada momento y no razonamos en ello porque pertenecen, precisamente, a nuestro mundo cotidiano. Despertar en nuestra cama, abrir el clóset, elegir la ropa, perfumarnos, maquillarnos, preparar café, manejar el coche, hasta llegar al momento cumbre: ir a cenar a un restaurante con la gente amada. Por estos actos tan simples darían su alma al Diablo.

Por si esto fuera poco, en la cárcel nunca puede tenerse un grupo con el estado anímico óptimo para aprender a escribir literatura. El desánimo es gravísimo. La mayoría de las mujeres están abandonadas por sus familiares y tienen una condena por delante. Para evadirse de la realidad, varias integrantes del taller se drogaban o estaban involucradas en relaciones lésbicas, generalmente destructivas. Por ello, era común que las internas faltaran a clase porque se habían peleado y estaban apandadas o llegaban drogadas al punto de no parar de llorar y sentir una urgente necesidad de hablar de su infancia. En esas circunstancias, no se puede enseñar literatura ni nada que implique un proceso de perfección y razonamiento.

Sin embargo, pude hacer que ambos grupos leyeran libros de reciente aparición que las editoriales me obsequiaban para llevárselos. Después, los autores asistían para escuchar los comentarios de las lectoras. Así, pude invitar a Enrique Serna, Hernán Lara Zavala, Sandro Cohen, Francisco Hernández, Estela Leñero, quien después les daría, gratuitamente, un taller de teatro. Luis Roberto Vera les impartió una clase de poesía y analizó el soneto de sor Juana Inés de la Cruz: “Detente sombra de mi bien esquivo...”.



Entre los sucesos sobresalientes de esa época, recuerdo a Norma, una interna, quien me pidió que le regalara el libro de *Recuento de poemas* de Jaime Sabines porque deseaba leerlo a su amada. Pasaban las semanas y yo no podía ir a la librería a buscarle un ejemplar; por fin se lo entregué. Conozco la mano que se extiende para recibir el pan que saciará al hambriento, su mirada de asombro e incredulidad que supone una visión del alimento que le ofrecen. Pero el hambre por releer el libro anhelado jamás lo había visto. Norma lo acarició y después corrió; a todas las mujeres que encontraba al paso las detenía para leerles fragmentos de poemas. Tiempo después, me comentó que su amada iba a ser trasladada y, obviamente, serían separadas. Yo le dije que aprovechara ese dolor para escribir sus poemas.

—No sé si pueda. Siento que me muero —me dijo.

—Sí, no lo dudo, pero alégrate; estados tan intensos no se viven con frecuencia.

A las dos semanas, me encontré con la noticia de su fallecimiento. Y aunque suene a mal chiste, murió del corazón.

El taller de literatura cambió el ánimo de las mujeres a tal grado que transformaron el anodino salón donde impartía el taller en un espacio grato: lo pintaron y co-



locaron plantas, cortinas, ceniceros, un anaquel con libros, cafetera y galletas. Todo ello, con sus propios recursos. Era tan impactante la calidez de ese lugar que las autoridades decidieron pintar todo el penal de color salmón, como las paredes del aula. Dos años después, varias de las alumnas fueron liberadas o trasladadas. Una de ellas había construido, a lo largo de varios años, un hermoso jardín que cuidaba celosamente. Al mes de su salida, el edén estaba muerto; a nadie le había interesado conservar su belleza. El desolado campo me provocó un enorme cansancio. Me dije: “El grupo está casi desintegrado y la sola idea de volver a empezar y derribar las barreras de desconfianza y recelo me agobian”.

Dejé de ir y empecé a trabajar en la calle con una de las ex internas, para que me narrara su vida y aventuras como prostituta de lujo, lo cual me sirvió para escribir el libro *Virgen de medianoche*, la primera de mis tres novelas testimoniales. Ella era judía de clase media alta y estudió en el Colegio Israelita. Pero cuando la conocí era una cristiana conversa. A todo el salón le resultaba muy antipática. Su distinguida personalidad y excentricidades las habían hartado. Y eran insufribles sus textos porque eran loas al Señor por permitirle ver la luz del día. Pero a la clase siguiente de la entrega de mi libro de crónicas, *Para morir iguales*, su transformación fue radical. Me comentó emocionada:

—Miss, yo no sabía que los libros podían decir groserías y hablar de las cosas que le suceden a la gente común. Así que le traigo una historia de cuando inauguré mi putero en la colonia Del Valle.

Su texto era francamente original y lleno de sentido del humor. Recibió un aplauso, y a partir de ahí las internas esperaban con avidez su intervención. Los aplau-

sos, por cierto, jamás los sugerí. Eran la espontánea respuesta con la que aprobaban un texto o una actitud.

Posteriormente, la Virgen de Medianoche me hizo un comentario:

—Miss, ¿sabe por qué me gusta su clase? Porque todas están calladas y sólo hablan cuando usted nos concede la palabra.

—Así debe ser —le dije.

—No, porque allá afuera nadie deja hablar a nadie; más bien, no les importa lo que les diga.

Tiempo después, el INBA me llamó para dar el taller en el Reclusorio Oriente. En este centro, las internas viven esperanzadas porque aún no reciben su condena, a diferencia de Tepepan, donde la depresión y la soledad son devastadoras. Ahí, volví a empezar. De entrada me dijeron que no iban a escribir testimonio porque estaban hartas de que todo mundo viniera a tratarlas como ratas de laboratorio. Hacían referencia a las estudiantes de la UAM Iztapalapa, quienes suelen realizar prácticas de campo para la carrera de trabajo social. Pero tampoco podían escribir cuentos porque, aunque inventaran, sentían que se ponían en evidencia. Así, decidí darles a leer mi libro de cuentos *Malagato*, y mi novela *Desde que Dios amanece*. A lo largo de dos meses, me comentaron las tramas y psicología de los personajes. Por mi parte, les confiaba los elementos reales de los textos y los ficticios. Y siempre les preguntaba: ¿acaso soy asesina, idiota, histérica, manipuladora, prostituta? A todo me decían que no, o que si lo era, no lo parecía. Les dije que los personajes, para que lo sean de veras, deben poseer el alma del ser humano. Y todos los seres humanos, de cualquier nacionalidad o época, compartimos la grandeza y la mi-

sería; los personajes nos conmueven porque tocan nuestra propia alma. Entonces, no tengan miedo de verse frágiles, egoístas, tontas, perversas, cobardes, celosas, mediocres, interesadas, etcétera, porque todos los seres humanos, en mayor o menor medida, conocemos esos sentimientos y de eso está hecha la literatura. Y empezaron a escribir, con mayor soltura, ficción y testimonio.

Al año siguiente, decidí que sólo daría el taller de testimonio, el cual abarca autobiografía, el género epistolar, crónica, retrato, semblanza; no volvería a desgastarme ni a perder el tiempo impartiendo teoría literaria. Desde esa ocasión, en la primera sesión, solía decirles:

—La cárcel es un parteaguas. Su vida siempre estará dividida en dos: antes de la cárcel y después. Ahora están en la cárcel y van a escribir de su experiencia en ella. Su vida se ha transformado tan dramáticamente que hasta sus sueños se han transformado.

No falta la interna que diga que está hasta la madre de la cárcel y que se niega a escribir de temas carcelarios. Les respondo que ese taller no es para ellas. Entonces, aunque en la práctica imparto testimonio, con las autoridades suelo identificarme como la maestra de literatura, pues hasta los custodios más obtusos saben que esa materia es inofensiva. Oculto, hasta donde me es posible, que soy escritora y, más, periodista.

En la cárcel no se lidia sólo ante el grupo sino también con los vigilantes. En una ocasión, un solícito custodio impidió la entrada de 15 ejemplares de la novela *Matar por Ángela*, de Hugo García Michel. Si quería entrar, debía dejar fuera los libros. Pidió la autorización de la directora y esta estuvo de acuerdo con la determinación. Pedí hablar con ella para que me expusiera sus argumentos. Infinidad de veces, en diversas situaciones, he pedido que me den las razones, la lógica de las órdenes, para entender el sentido de la negativa. Generalmente me topo con el solo ejercicio del poder, la prepotencia y el embriagante placer de negar. En la cárcel, las custodias y los custodios están acostumbrados a ser obedecidos o castigar.

Terminada mi clase me dirigí a la dirección y, mientras esperaba, por casualidad escuché una conversación que meses después provocaría una larga discusión entre los escritores Ethel Krauze, Eduardo Casar y yo.

La directora me argumentó que se vigilaba la entrada de todo el material que ingresaba porque existía la posibilidad de que pudiera alterar el orden o la conciencia de las internas. Por ello, estaba prohibido el acceso de periódicos. De esta manera, se evitaba que las internas se enteraran de los delitos de las mujeres de nuevo ingreso y fueran golpeadas por las internas. Yo le argumenté que esa regla debió de haberse dictado cuando no estaban permitidos la televisión, el radio o el teléfono público en la prisión, pero que hoy no tenía sentido. Subsisten decenas de prohibiciones que son anacróni-

cas, pero continúan vigentes. Le expliqué a la directora que el libro no daba recetas ni sugerencias para asesinar, sino que era una divertida novela sobre los despropósitos de un celoso enamorado que hacía planes, siempre fallidos, para matar a cualquiera que se acercara a Ángela. Me dijo que revisaría la novela y que le llamara en la semana para darme su opinión. A la salida, le reclamé enérgicamente al custodio su celo y le pedí que leyera el libro para que entendiera la diferencia entre leer una novela y la nota roja de *La Prensa*.

Meses después, fui jurado del premio DEMAC, “Mujer, atrévete a contar tu historia”, el cual convoca a las reclusas de todo el país a escribir su vida. Ethel y Eduardo deseaban darle el premio a una interna del Oriente. La mujer rechazaba la culpabilidad del asesinato de su esposo. En su texto mencionaba los grandes beneficios que daba a la prisión, como clases de corte y confección, y los primores que había hecho; especialmente en la boda de una compañera, a quien le confeccionó el vestido de bodas y hasta los mandiles de las meseras, que simulaban ser un frac. Recalcaba que por su buena conducta se le permitía la posesión de tijeras, un instrumento prohibido al resto de las internas. Yo les dije a mis colegas que no estaba de acuerdo en concederle el premio porque yo suponía falso el testimonio. Ellos argumentaron que, eso, ellos no podían saberlo. Les dije que no era un concurso de literatura; yo apreciaba que el escrito era verosímil, pero no verdadero. Les conté la conversación que casualmente le había escuchado a la directora. Estaba dando las instrucciones para el traslado de esta mujer porque las internas la habían golpeado y, para salvaguardarla, estaba segregada. El enojo de la comunidad se debía a que ella había entrado a la celda, donde estaba un bebé dormido, y le cortó las pestañas con las tijeras, en represalia por una dificultad que había tenido con la madre.

A Ethel, que estaba criando a su hija, le horrorizó la historia, pero defendía la calidad del trabajo. Eduardo sostenía que yo gozaba de una información privilegiada y, además, estaba calificando una conducta, y eso era inadmisibile. Respondí que no negaba las cualidades escriturales, pero —básicamente— la concursante intenta convencer al lector de su inocencia, cuando el marido muere a tijeretazos. Yo no tendría empacho en darle el premio si me cuenta cómo mató al esposo y qué la inspiró a cortarle las pestañas al bebé. A mí no me asustan los actos sino que me irrita la deshonestidad. He leído libros enteros de albas palomas, fallidos por caca-rear su inocencia cada dos páginas. Después de tres horas de discusión, Ethel y Eduardo me dieron la razón, y se concedió el premio a otra mujer con menos pericia narrativa, pero más honesta.

Uno de los sucesos más sobresalientes en mi paso por el Oriente fue haber tenido de alumna a Sara Aldrete, quien

está involucrada en el caso de los narcosatánicos, el cual hace 20 años llamó poderosamente la atención de los medios de comunicación. Durante dos años le pedí que escribiera su libro, que yo la asesoraría. Le dije que estaba segura de que los medios la habían satanizado y que ahora era la oportunidad para que ella escribiera su testimonio. Sara se negaba sistemáticamente. Dijo que había perdido la confianza, que había recibido varias ofertas editoriales. Incluso le ofrecían adelantos en dólares, pero temía la manipulación del texto. Un día le escribí una carta donde le exponía que no volvería a hacerle el ofrecimiento, que yo en breve me iría y ella habría perdido la ocasión de escribir su libro. Además, yo no lo firmaré ni recibiré las regalías, que ella tenía la capacidad necesaria para escribirlo. Aceptó porque dijo que me estuvo observando en esos dos años y sabía que no iba a defraudarla.

En 2000, Sara Aldrete publicó su libro *Me dicen la Narcosatánica*, que edité y además cuidé durante su edición. Es el primer libro escrito y publicado por una mujer en reclusión. Asimismo, el primero en presentarse en prisión ante más de 30 medios nacionales e internacionales. Esta proeza fue posible por la terquedad y templanza de ella, y mía, porque conseguimos —con la ayuda de altos funcionarios de la Secretaría de Cultura y del Distrito Federal— salvar los escollos que nos tendieron la directora y su asistente.

También, como resultado del trabajo en ese penal, publiqué el libro *Mujeres de Oriente*, el cual reúne 50 textos de 17 internas. De este libro soy editora y antologadora; en su presentación relato algunas de las anécdotas aquí señaladas.

De esta manera, mi trayectoria en Tepepan y el Reclusorio Oriente me ha permitido ingresar a otros penales sin lidiar tanto tiempo para ganarme la confianza de las internas. Asimismo, ha facilitado la labor el hecho de haber publicado libros de mi autoría y de las internas. Así, pude entrar sin tropiezos al penal de las Islas Marías, que cuenta con una de las bibliotecas más hermosas que he conocido. Sus amplios cristales tienen vista al mar y posee un vasto acervo, que muy pocos disfrutaban porque no cuentan con personal que anime a la lectura. En ese penal, aparte de mi taller con los internos, me solicitaron que fuera a darles una clase a un grupo de alumnos de telesecundaria, hijos de los reclusos. La primera dificultad que tuve fue hacerlos callar porque no podían controlar la risa nerviosa que los embargaba. Parecían frijoles saltarines. El salón tenía unos 20 libros que formaban parte del programa de Fox, el de llevar libros a las aulas, los cuales escasamente habían sido hojeados. Tomé un libro de Cortázar y escogí el cuento “Carta a una señorita de París”. Les pedí que cada uno leyera una página. A uno de los adolescentes, el más inquieto, le pedí que abandonara el salón; se marchó feliz

de haberse salido con la suya. Temí quedarme sola, pero poco a poco fueron interesándose por la trama. Me asombró que ya estuvieran en primero de secundaria y leyeran como si cursaran segundo de primaria; se les dificultaba leer las palabras que estaban cortadas por el guion al final del renglón. También les era difícil pronunciar palabras que parecían estar leyendo por primera vez.

Terminaron el cuento y no comprendieron el desenlace. Les pregunté por qué no lo entendían. Y fuimos analizando cada una de las palabras. Por no entender el significado de la palabra *baldosas*, no dedujeron que el personaje se había tirado desde el balcón y estrellado en las baldosas de la calle. Al final, todos comentaron: “Ah, estuvo bonito”. “Sí, cuando se tragaba los conejitos, yo también sentía que me estaba tragando uno”. Les dije que se acercaran a hojear los libros que ahí tenían porque todos contaban historias, que sólo se leyeran aquellos que atraparán su atención. Así, volverían a divertirse como ahora lo habíamos hecho.

El día que estaba esperando el barco que me llevaría de regreso, me encontré al niño que había expulsado del salón. Estaba comiendo en una fonda, con sus padres, quienes me preguntaron sobre la vida de la capital. Al chico le pedí que devolviera un libro que yo había tomado del salón, con la intención de leerles pasajes que pudieran interesarles para que después ellos leyeran el libro completo. El joven empezó a hojearlo y al rato, jubiloso, me señaló una palabra: *isla*. Y con sorpresa me comentó: “El libro... ¿se trata de una isla? ¿Una isla como esta?”. “Sí, pero no como esta”. “Bueno, ya sé que esta es una cárcel”. “La del libro es más interesante porque es *La isla del tesoro*”. No tuve que recomendarle que lo leyera porque de inmediato inició la lectura. Y se abstraía de la isla que lo rodeaba para ensimismarse en el mundo de una isla más real que aquella en donde se le había obligado a vivir para acompañar a su padre. Claro, a diferencia de su progenitor, él podía salir y entrar cada ocho días, cuando llegaba el barco, si así lo deseaba.

En 2004 obtuve una beca de Intercambio de Residencias Artísticas para dar un taller en la cárcel de El Buen Pastor en Bogotá. Al final, fueron dos talleres, uno para las presas políticas, apartadas del resto de la población, y otro para las presas comunes. Hubo varias circunstancias que afectaron la regularidad del taller. A veces las reclusas no podían llegar al salón porque los edificios donde estaban las celdas tenían una reja, la cual estaba vigilada por una custodia, y si a esta no le daba la gana dejarlas salir, no salían. O si se fastidiaba de vigilar, ponía el candado y se iba. O bien, me tocaron varios lunes festivos, que allá son muy frecuentes, y no hay alma que trabaje ese día. El primer día de clases, las internas me manifestaron que les resultaría difícil escribir porque carecían de pluma y hojas. A la siguiente clase, les llevé cuadernos, lápices y plumas. Y cada semana aparecía una

nueva alumna. Pronto comprendí que iban a que les diera un cuaderno; sucede que las mujeres intercambian una intensa correspondencia con internos de otros penales. La mayoría ni se conoce en persona. Por momentos sentí que estaba en medio de una novela del siglo XIX, donde la correspondencia es muy nutrida entre los amantes. Esas mujeres vivían para enamorar mediante la escritura. Después de la clase, algunas me leían las cartas para que les sugiriera frases deslumbrantes. Iba tan seguido a la papelería a comprar cuadernos, que el dueño me preguntó que para qué los quería. En cuanto se lo dije me obsequió lápices. Y cada que iba, me obsequiaba artículos escolares para las internas.

La experiencia de mi paso en este penal se cuenta en un diario que escribí durante mi estancia allí, el cual permanece inédito. Y contarla aquí daría lugar a otra ponencia. Basta señalar que pude entrevistar de manera clandestina a una mujer con una extraordinaria capacidad expresiva y con un don natural para manejar el *suspense* narrativo, llena de pasajes violentos y sorprendentes como jamás había escuchado. La grabación de 40 horas y la transcripción de más de mil páginas dio como resultado mi tercer libro testimonial, *El infierno en Bogotá*, inédito. Ha pasado cuatro dictámenes, todos aprobados en su calidad literaria, pero reprueba el dictamen comercial; los vendedores consideran que un libro construido en una jerga de los parias bogotanos no tiene interés en México. Y en Colombia están cansados de ventilar tanta podredumbre. Y el colmo, que ahora hasta los indigentes de El Cartucho tengan voz internacional. El Cartucho era el lugar más peligroso de Bogotá y el mayor centro de distribución de armas y drogas del país. Estaba a 260 pasos del Palacio de Naríño, residencia del presidente de Colombia.

En contraste, en Chiconautla, el último penal donde impartí clases, a las internas se les prohibía terminantemente cartearse con los presos, de quienes están separadas por un portón. Si las custodias les encontraban un solo recado, las mandaban al apando. Mi desempeño en este penal del Estado de México dio como resultado el libro *Mujeres del viento*, el cual se mantiene inédito porque el gobierno perredista perdió las elecciones y ya no hubo fondos para publicarlo. Me encargué del cuidado de edición y diseño. Es un libro donde se buscó contrastar la belleza del diseño con la aridez del contenido.

Aparte del taller de testimonio, les impartí a las internas un taller de comprensión de lectura y expresión oral. Los libros fueron donados por Editorial Colibrí, de la cual era directora editorial. Y antes de que se discutiera la primera novela del curso, *La sed* de Adriana Díaz Enciso, quien reside en Londres, se dio el entusiasta fenómeno de leer por contagio. Dos mujeres que asistían al taller, por las noches leían en voz alta el libro en su celda; las demás escuchas obligadas se interesaron



en la trama; al día siguiente, fueron a solicitar la novela al libro club. Y ya fueron cuatro lectoras en esa celda. Pero el mismo fenómeno se dio en otros dormitorios. De esta manera, aunque en el grupo había diez alumnas, estaban circulando 20 ejemplares. La mayoría de ellos era leída de noche, en voz alta.

No pretendo, con esta ponencia, dar a entender que mi paso por los penales haya sido para *educar* a las internas. Sencillamente, en la UNAM —en donde también impartí clases— y en la cárcel comuniqué mi pasión por la lectura y la escritura y busco nuevos adeptos. Los beneficios de leer literatura son inagotables e inabarcables. Yo lo sé, pero no los predico sino que despierto en las presas y en los universitarios la capacidad creadora e imaginativa que poseemos como seres humanos. Los escritores no se fabrican en serie, pero es posible poner al alcance de quien lo desee la capacidad de expresarse, pensar, razonar, soñar y conocer tantos universos como libros sea posible leer. Sólo así podrán derrumbarse prejuicios y mezquindades.

La lectura es una puerta para reconocer nuestra grandeza como hombres y mujeres, para respetar la vida e integridad del ser humano en su maravillosa diversidad sexual, cultural y espiritual. **u**